



MADRID; 1890.—IMPRESA DE JOSÉ CRUZADO, DIVINO PASTOR, 9.

© *Biblioteca Nacional de España*

EL MUNDO ALEGRE.

PERIÓDICO QUINCENAL,

QUE PUBLICARÁ

POESÍAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS

DE LOS

PRINCIPALES LITERATOS

Y DIBUJOS DE LOS

MEJORES ARTISTAS.

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA

DIRECTOR:

VICENTE LLORENS ASENSIO.

CUADERNO 1.º

Precio: 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,
ECHEGARAY, 7, PRINCIPAL DERECHA,
MADRID.

12 AGOS. 96

© Biblioteca Nacional de España



EL MUNDO ALEGRE.

PROTESTAS

“¿En dónde nos prenden hoy?,
(*El Barberillo de Lavapiés.*)

Las preguntas que, al presente, nos dirigimos unos á otros son menos alarmantes, pero más numerosas.

“¿Cuáles son los festejos del día?

¿Se aguarán?

¿Dónde podremos presentarnos?

Y también:

“¿A quién le corresponde protestar hoy?”

Porque observen ustedes un hecho curioso: con la llegada

de los festejos populares, ha coincidido el advenimiento de las protestas; los protestantes menudean más que los aguaceros... los cuales aguaceros, si bien se considera, no vienen á ser otra cosa que protestas eloquentísimas de la atmósfera contra las fiestas de Mayo.

¿Se dispone una bonita función de fuegos artificiales?... pues lluvia segura. ¿Se anuncia la salida de una gran retreta? pues bien, lluvia y viento y granizo. ¿Se preparan bailes públicos, sombras chinescas y linternas mágicas en las afueras? pues, nos manda Dios, vendabales y ciclones.

Prescindiendo, sin embargo,

de estas protestas, que muy bien pudieran no ser protestas, ó cuando menos, no ser intencionadas, quedan todavía muchas de ellas para justificar las anteriores indicaciones mías.

¿Qué fué, pongo por caso, la subida del precio de la carne? Pues nada más fué que una protesta enérgica del gremio de los tablajeros, porque no se había contado con él para contribuir á los festejos; por lo cual ¿qué hizo? cogió y subió la carne, como quien dice: «ahí está el óvalo con que contribuimos nosotros.»

Se habla de conservar, en cuanto sea posible, el edificio histórico monumental—y viceversa—de la Alhambra, y el diputado, señor Ansaldo, *protesta* de esa conservación que, á su parecer, no hace falta para nada.

Dicta su fallo el Jurado elegido para juzgar las obras presentadas en la Exposición de Bellas Artes, y los expositores no premiados y aun algunos de los premiados, *protestan* contra la legalidad de ese fallo, y aseguran que, además de faltarle mucha legalidad, le falta también mucha justicia; con que bien puede ser que le sobre gracia, si bien á los protestantes parece que no se la ha hecho maldita.

Anúnciase la constitución de

los tribunales para los exámenes universitarios de prueba de curso, y contra lo perjudicial y lo funesta de esa constitución, levantan su protesta muchos profesores y directores de colegios particulares. Estos señores profesores y directores propondrán, seguramente, otra organización para los tribunales, y contra esa protestarán de seguro el profesorado oficial, que, por muchas razones más ó menos fundadas (menos fundadas, por supuesto, se considera como depositario único y exclusivo poseedor de la sabiduría nacional... y extranjera.

Publícanse los programas que deben servir para los ya mentados exámenes y los alumnos matriculados en la que se denomina (muy mal y muy impropriadamente denominada por cierto) enseñanza libre—que ni es enseñanza libre ni quien tal pensó—protestan de la violencia que sobre ellos vienen á ejercer esos programas, estableciendo diferencias entre los alumnos oficiales y los alumnos libres (que son esclavos) y que perjudican á éstos.

Entretanto, protestan los políticos en los círculos ídem (y digo ídem por no repetir políticos) de que si están en el poder quieren conservarle, y de que si no están quieren adquirirle,

Y yo que no he de ser menos que los otros voy á echar también mi cuarto á protestas y protesto y reproto y anden protestas de la ofensa inferida á la plaza de la Armeria por el noticiero que en la relación de lo que sería la retreta, escribió:

«Una vez en la plazoleta, tocarán las músicas varias piezas, y saliendo de allí se dirigirán por la calle Mayor al Ayuntamiento, donde volverán á tocar.»

¿Plazoleta?

Digo á V. que me ha hecho gracia la especie.

Plazuela es diminutivo de plaza; plazoleta es diminutivo de plazuela, de suerte que *plazoleta* viene á ser un diminutivo, de diminutivo; una diferencial de diferencial, como se dice en los cálculos infinitesimales; una especie de *nieta* de plaza... Pero pase, ¿qué necesita ese noticiero para crearla honores de plaza?

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

PUNTOS SUSPENSIVOS

— ¡Caracoles! ¿Qué mujer! ¿Qué pies! ¿Qué talle! ¿Qué cara! ¡Vaya! ¿Que me gusta mucho! Va sola. ¿Será casada?

¡Me atreveré, qué demonio!
¡Vamos allá! ¡Pecho al agua!

— ¡Bendiga Dios ese garbo!
¡Salero! ¡Viva la gracia!
No corra usted tanto, prenda:
¡va usted á ponerse mala!
¿A la otra acera? ¡Corriente!
¡Vamos donde á usted le plazca!
¿Se incomoda usted? ¡Lo siento!
No se tape usted, ingrata,
porque me mnero de pena
si no consigo mirarla.

Hija, ¿me permite usted
que la acompañe? ¡(Se calla!)
¿A la otra acera? ¡Pues, vamos!
— ¡Caballero!

— ¡Ya me habla!
— ¡No sea usted importuno!
¡Retírese usted!

— ¡Caramba!
No se ponga usted tan grave,
porque la ofensa no es tanta.
— ¿Por quién me ha tomado V.?
— ¿Pues por quién he de to-
(marla?)

¡Por una mujer que tiene
la sal del mundo en su cara!
— ¡Caballero!

— ¡Señorita!
— ¡Soy señora! ¡Estoy casada!
— ¡Qué suerte tienen algunos!
¡Ay, señora de mi alma!
¡Por una mujer así
diera yo de buena gana,
mi título de abogado
y mis fincas de Granada!
¿De veras, eh?

— ¡Se lo juro!
— ¡Qué bromista!

—¡Mi palabra!

—¡Es un joven muy simpático!

—¡Es una mujer muy guapa!

—¡Ya ve usted! ¡Una no sabe!..

¡Hay aquí tanto canalla!

Pero á usted se le conoce

que es persona delicada,

y por eso he permitido...

—¡Ah! señora, muchas gracias!

¿Conque su esposo de usted?...

—Está empleado en la Habana.

Se marchó hace ya tres años

¡dejándome abandonada!...

—¡Qué ingratitud! Vamos, hija,

¡enjugué usted esas lágrimas!

—¡Ay! ¿Qué dirá usted de mí?

—¡Absolutamente nada!

—¿Le parece á usted, Rosita,
que si es mucha la distancia
tomemos ese simón?

—No, Ricardo, no hace falta.

Ya hemos llegado.

—¿De veras?

—Aquí tiene usted su casa.

Si usted desea subir

á descansar...

—Muchas gracias.

Yo... la verdad... sentiria...

—¡Suba usted, con confianza!

Charlaremos un ratito.

—¿No habrá nadie?

—¡La criada!

—Apóyese usted.

—¿Qué atento!

¡Con mucho gusto!

—¿Qué ganga!

—Es muy tarde. ¡Me retiro!

—Pero ¿tan pronto?

—Me aguardan!

—¡Mi Ricardo!

—¡Mi Rosita!

—¡Adiós! ¿Volverás mañana?

—¡Claro está que volveré!

—¿De veras?

—¡Sí! ¡Las espaldas!

VITAL AZA.

SERAPIO.

Ya ha comenzado la época
feliz para las señoritas de Bui-
trago, de quien pensamos ha-
blar en los números sucesivos
de EL MUNDO ALEGRE.

Durante el invierno arras-
tran una existencia poco grata.
Por el día se entregan á las la-
bores propias de su sexo, y por
la noche salen á ver los esca-
parates. Sólo los jueves asisten
á la tertulia de la señora de
Bandullón, que es una viuda
verde, con dos hijas solteras
que parecen dos sacatrapos;
pero á la tertulia no acuden
más que tres chicos de la ve-
cindad; uno de ellos toca el



JOSÉ GARMELO.

(Autor del cuadro *Un duelo interrumpido*.)

flautin y está en relaciones con la más pequeña de las Bandullonas; y los otros dos son unos sosos muy grandes, que ni hacen el amor, ni saben bailar más que la polka mazurka.

De manera que las de Buítrago pasan unos inviernos muy aburridos, y si desean que llegue el verano es porque van á Recoletos todas las noches, y nunca falta allí algún chico que las mire amorosamente.

Y eso que el año pasado...

Aquello fue horrible.

Una noche del mes de Junio, Gorita, la menor de las Buítrago, notó que cierto joven rubio con cuello á la marinera y zapatos blancos, fijaba en ella sus lindos ojos.

—Mamá—dijo la joven á la autora de sus días.—Ese chico me viene siguiendo.

—Parece muy decente—respondió la madre.

—Y despide muy buen olor—añadió la hermana primogénita.

Gorita, a quien halagaba la idea de unos amores honestos, correspondió á las miradas del joven rubio, y pronto reinó entre ambos la más franca y amorosa inteligencia.

El no tuvo inconveniente en acercarse á doña Melchora, la madre feliz de aquella tortola inocente, y decirle con el mayor respeto:

—Señora, ¿puedo acompañar á las niñas?

Y contestó doña Melchora:

—Caballero, mis niñas son muy decentes, y V. dirá cuáles son sus intenciones.

—Pues la *verdad*, yo también soy un *cabayero*, aunque me esté mal el decirlo.

—En ese caso...

Ella fué que Serapio, porque él tenía la desgracia de llamarse Serapio, logró captarse las simpatías de doña Melchora, y dos días después se apoderaba del corazón de Gorita, que comenzó á dormir con desasosiego y á odiar el tocino.

—¿Por qué no comes?—le preguntaba la mamá.

—Porque desde que estoy enamorada todo me parece ordinario—contestaba la joven.

—Pero hija, hazte superior...

—No puedo, mamánta. Ese hombre me enagena.

Ella era romántica como una poetisa que tiene casa de huéspedes en Pontevedra, y desde que había oído la declaración de Serapio aborreció los pucheros y las chancletas de doña Melchora; si la obligaban á barrer, vertía copioso llanto y se mesaba los cabellos con desesperación; hasta que la madre, comprendiendo que todo aquello era poesía pura y que la chica podía enfermar si la obligaban á ciertos trabajos

groseros, la relevó de que hiciese las camas y fregase la loza: de manera que Gorila se sentaba en un sofá con un libro de versos en una mano y un clavel en la otra, y allí se estaba las horas muertas leyendo y pensando en su Serapito.

¿Quién era Serapio?

Nadie lo sabía, antes al contrario, procuraba rehuir toda explicación cuando le preguntaba doña Melchora.

—Bueno, ¿pero V. tiene familia aquí?

—Soy huérfano, señora: completamente huérfano. Sólo una vez tuve un tío, que se me murió encima de este hombro.

—¿Tísico?

—No, señora; viudo.

Y no volvía a hablar de su familia ni de su nacimiento ni de sus medios de alimentación.

Pero tenía unas manos muy blancas y un pescezo muy limpio, y esto era suficiente para que todos dijeran en aquella casa:

—Es una persona muy decente.

—Y con un olor muy fino en el pañuelo—agregaba la hija primogénita de doña Melchora.

Y así pasaron muchos días, y Gorila se consideraba la mujer más dichosa de este mundo, y la misma doña Melchora decía sentenciosamente:

—Este chico tarda en arrau-

cararse, pero el día menos pensado arregla los papeles y ¡pum! se casa. Así hizo vuestro padre; estuvo cuatro meses en relaciones y de la noche á la mañana cogió á mamá entre dos puertas y la sacó el consentimiento. Y eso que el pobre estaba muy mal de ropa; me acuerdo que trajo al matrimonio dos elásticas y cuatro cuellos postizos por todo equipaje. El primer día que se mojó, tuvo que ponerse una chambrá de mamá para andar por casa. Pero Serapio es otra cosa.

—Serapio debe descender de una gran familia—objetaba Gorila.—Casi todos los días semuda los calcetines.

—Se conoce que tiene muchos—añadía doña Melchora con aire de satisfacción.

¿Qué de ilusiones! ¿Qué de esperanzas! ¿Qué de júbilos íntimos embargaban el corazón de la familia Buitrago!

Lo único que turbaba la alegría de aquella buena gente, era el colmillo de doña Melchora; un colmillo picado que le hacía ver las estrellas.

—¿Por qué no te lo sacas?—le decían las hijas.

Pero ella sufría en silencio y tomaba buches de petróleo, por recomendación de la portera que había sido hermana de la caridad y estaba bastante fuerte en medicina.

El colmillo comenzó á mearse solo y á producir inflamaciones en la encía de doña Melchora hasta que ésta, fuera de sí, decidió ir á ver á un dentista muy hábil, para que se lo arrancase inmediatamente.

—Vamos, vamos todas—dijo Gorita.—Lo que siento es que no esté aquí mi Serapio, para que nos acompañe.

—Nunca viene hasta la noche—añadió la hermana primera.—Por consiguiente iremos solas.

A doña Melchora se le había puesto el carrillo del tamaño de un melocotón de los más grandes...

—¿Vive aquí el dentista?—preguntó doña Melchora á la portera cuando hubo llegado á casa del profesor dentario.

—Piso segundo; hay bajo, entresuelo, principal y primero—contestó la funcionaria de escalera abajo.

—Pues diga usted que vive en las nubes—replicó Gorita.

Tín, tín, hizo el timbre de casa del dentista, manejado por doña Melchora.

Tardaron en abrir y la familia Buitrago pateó llena de impaciencia.

Después oyéronse pasos en el interior de la casa y la puerta giró sobre sus goznes, presentándose ante doña Melchora y sus hijas el criado del den-

tista embutido en una librea azul con vivos encarnados.

Doña Melchora lanzó un grito.

Gorita tuvo que apoyarse en su hermana para no caer redonda....

Aquel criado humilde con librea azul, aquel hombre servil, aquel respetuoso sirviente.... ¡era Serapio!

LUIS TABOADA.



DEL NATURAL.

Era mi amigo Melchor de perfecciones dechado; modesto, bien educado, espléndido, decidor,

Con gracejo y travesura, distinguido y elegante, discreto, cortés, galante, buen talento, gran figura,

Ni enfático, ni pueril, de ingenio claro y agudo, franco, leal y sesudo y de carácter viril.

Digno, ingenuo, complaciente sólo con el fuerte, activo, con el débil, compasivo, reservado, consecuente,

Y con no escasa riqueza, La negación del reproche.... ¡Un verdadero derroche que hizo la Naturaleza!



—Ay hijo, estoy aburrida con estos festejos.

—Lo creo, porque los alcaldes de Madrid, no saben ser alcaldes, miá tú, cuadros disolventes, baile fúnebre en el teatro y na más. Que hicieran lo que hice yo cuando fui primera autoridad en Valmeloñares; un güen toro de cuerda por las calles y un baquete pispazo al maestro escuela.

Con perfección tan total
la lógica supondría
que su existencia sería
el codiciado ideal.

Pues el héroe de mi cuento
dió con la lógica al traste
porque, á veces, el contraste
de lo absurdo hace cimiento.

Rápida fué la mudanza
que sólo es terea en rigores
la suerte, y cobra en dolores
réditos de bienandanza.

Huérfano y solo quedó
en el transcurso de un año,
y allí empezó el desengaño
y allí el pesar comenzó.

Cierta grave enfermedad
que hizo peligrar su vida,
no arrancó al alma la herida,
mas dió al rostro fealdad.

Le hizo su víctima el agio
pero en un plazo tan breve,
que niveló haber y debe
siendo total el naufragio.

Con su irritante cortejo
siguióle el desastre pronto;
el mejor, llámole tonto
y le dió algún..... *buen consejo*.

Póstuma y necia manía,
por hipócrita, penable.
Tras del daño inevitable
la excelente teoría.

Se prodigó la amargura
y no le faltó el sarcasmo,
heló el odio el entusiasmo
y se asoció á él la censura.

Tendió la vista en redor,
hizo examen de conciencia,
y dedujo en consecuencia
que era un pobre soñador.

Dudando aún de la verdad
pidió á la amistad abrigo,
y halló en el mejor amigo
egoísmo ó frialdad.

Por no ahogarse en tanta hiel
de arte y ciencia echóse en bra-
zos,
buscó del amor los lazos
y encontró una esposa infiel.

De alma, grandeza y pasión,
¿quéle quedó?... Un vil despojo.
En el recuerdo el sonrojo,
la muerte en el corazón!

Cuando ha poco le encontré
en el suicidio pensaba,
ni siquiera protestaba,
porque ni aun tenía fe.

Ni es quimera ni es utopía,
ni aumento la fantasía
que esta silueta sombría
de la realidad es copia.

Y si alguno excepcional
juzga el caso, yo le reto
que del anterior boceto
hay más de un original.

JUAN MAILLO.

CRISÁLIDA Y «MARIPOSO.»

—

Nota.—Bien puede admitirse este masculino, cuando se admite el femenino sirvienta y el dependiente y otros varios de la misma clase, y hay escritor que habla de personas que «andaron» y se tolera que se llame Andú a un actor que debe ser Anduvo.

Después de estas «breves consideraciones,» como dicen algunos escritores y varios diputados de fácil palabra, tengo el gusto de presentar á ustedes al honrado tenor Gonzalini, gloria de la escena y regocijo de fieles aficionados.

¡Qué voz disfruta!

¡Qué escuela la suya!

No hay en el ramo de instrucción primaria escuela tan completa y también retribuida.

¡Pero cuánto ha sufrido ese hombre para llegar al pináculo y alternar como tenor, si no absoluto, constitucional ó parlamentario, siquiera!

Ni en la clase de novilleros del reino se sufre más, hasta llegar á toros; digo, hasta pasar de los novillos á los toros auténticos.

Gonzalini era un jornalero laborioso, aunque ilustrado.

Manuseribía en diversidad de letras ó de caracteres de le-

tras, desde la gótica de lujo, hasta la española neta, pasando por la inglesa y por la bastardilla.

En ortografía estaba á la altura de algunos senadores: escribía *Norma* con *ll*, que resultaba *Horma* de Bellini.

Empezó su carrera artística Gonzalini como escribiente en una casa de préstamos sobre ropas en buen uso, y niños menores de tres años.

¡El que era tan noble en sus sentimientos, tan elevado en sus aspiraciones, verse obligado á intervenir en los negocios de aquella sucursal de Sierra Morena!

Entiéndase Sierra Morena según fue en tiempos más felices que los actuales, puesto que la juventud podía optar por la carrera de «bandido» muy apreciada entonces y lucrativa!

Gonzalini sufría y callaba, pero sentía hervir en su garganta las primeras notas y los primeros trinos y las primeras romanzas en idioma extranjero.

Cuando sus ocupaciones no le impedían arrancarse, entonces á media voz las purísimas frases de Donizzetti y Gonnod y *Stabat Mater*, de Rossini, algunas veces.

Pero nadie más que una hija del dueño del establecimiento apreciaba en su valor aquellas

muestras del genio artístico musical de González.

Porque el nombre y apellido del muchacho, eran Roque González.

Nombre y apellido que él italianizó cuando le declararon tenor los facultativos.

Desde aquel momento se llamó *Rochiero Gonzalini*.

Elena, la hija de la casa de préstamos, era la única artista de oído que adivinaba al cantante en el escribiente.

Cuando le sorprendía cantando el principal, le sacudía un capón ó un puntapié en la fachada posterior, y le amonestaba, diciendo:

—A ver si callas ó te revienta, que espantas á la clientela y despiertas á la polilla.

Un día sospechó aquel tirano que su preciosa hija Elena sentía cierto afecto por Roque, y le declaró externo.

Esto es, le indicó que durmiera por su cuenta.

Tampoco es esto: más claro, le dijo que le aumentaría un real diario al sueldo que disfrutaba, que era el de veinticinco céntimos de peseta, comida, casa, camastro y ropa sucia, con tal de que durmiese fuera de la casa.

Para no ofender al chico le habló así:

—Mira, como los robos menudean y no puede liar quien

tenga tres pesetas, en dependientes, al parecer honrados, y la noche es la encubridora de los crímenes, quiero que duermas fuera de casa. Lo cual te proporciona cierta libertad y comodidades.

—¡Ya!

—Vienes á la oficina á las cinco de la mañana en invierno, y á las cuatro en verano, y te vas a las doce en invierno y á la una de la madrugada en verano, y nada más. Te queda la noche libre, para cantar, ya que te gusta.

—¿Y en invierno me acompañará el sereno?

—Tú verás. Puedes pagar el pupilaje y te sobra dinero.

—¿Con dos reales?

—Justamente.

Quedaron en esto principal y dependiente.

Pero Elena se sentía cada vez más loca por el escribiente, y llegó un día á proponerle la fuga.

Roque se asustó.

Por otra parte, se veía tan acosado por el destino, que no oía ni veía ni entendía, y tan pronto se chupaba un dedo propio ú otro dedode su novia, como volcaba el tintero sobre alguna sábana empeñada.

Nadie quería hospedarle en su casa, por más que el chico llegó á ofrecer los cincuenta céntimos diarios de que dispo-

nía, porque le dejaran dormir nada más, aunque fuera en cama, como los pájaros.

Pasaba una noche en cada casa; porque en cuanto rompía á cantar le expulsaban ignominiosamente.

Hubo casa en la cual se vió á dos dedos de la tumba.

Un huésped saltó del lecho y se lanzó sobre Roque, con el revólver en la mano, para ejecutarle.

Pero el genio se impone.

Roque triunfó.

Le salió un caballero que, apreciando la voz del muchacho, al cual oyó cantar en una sociedad con chinchas, le tomó bajo su protección.

Empezó por desempeñarle; esto es, por sacarle de la casa de préstamos, destrozando, de paso, el corazón de Elena.

Después le vistió, le alimentó, le animó y le remitió á Italia franco de porte.

* * *

Habían transcurrido algunos años cuando Gonzalini regresó á España, ya con voz y acento italianos.

Su protector hubiera querido oírle cantar.

Pero no pudo lograrlo; porque había muerto.

Rochiero consiguió que le oyeran en Madrid varios maes-

tros, que le declararon con patente limpia.

Por fin, se presentó al público en cierta noche, en el teatro de la Opera.

¡Noche inolvidable!

¡Qué ovación!

¡Qué triunfo!

Gonzalini había logrado lo que no logran otros tenores.

Cuando terminó la representación y después que cambió Rochiero su traje por el de seglar, salió á la calle furtivamente, burlando á los que le esperaban en el vestuario.

Pero ya en la calle, dos hombres y una mujer le acometieron.

—¡Dame la lengua!—gritó la dama.

—¡Señarita!—balhuceó alarmado Gonzalini.

—¡La lengua!—repitieron los hombres.

—¡También ustedes?—murmuró atemorizado el tenor.

Y antes de que pudiera revolverse llovieron sobre sus lomos catorce ó quince palos, que no fueron sino el prólogo de lo que sobrevino.

Porque, enterados varios espectadores, acudieron solícitos para contribuir á las muestras de entusiasmo por el artista.

—¡Piedad!—gritaba el infeliz—doy mi palabra de no volver á cantar en mi vida.

—¡Bribón! ¡canalla!



—Desengáñate, Rómulo, el socialismo se impone, el reparto de bienes es una cosa muy próxima, ya ves que hasta el mismo emperador de Alemania se ha convertido en uno de sus defensores.

—Hombre, pues lo único que siento es una cosa. Que esté tan lejos ese emperador, y no poder pedirle un par de pesetas á cuenta de la parte que me toque cuando llegue ese día

—Esa no es voz, es un ladrillo.

Gonzalini cumplió lo ofrecido.

Y cuando algún guasón le preguntaba, fingiendo ignorar el hecho:

—¿No canta V.?

El respondía:

—Sí, señor; por señas y con precauciones.

EDUARDO DEL PALACIO.

ÚLTIMA MODA.

Juan y Pura, matrimonio,
de seguro, cual no hay dos,
viven en gracia de Dios...
con ayuda del demonio.

Juan, que es hombre prevenido,
sólo á la Bolsa se aplica: (do,
Pura también se dedica
á la bolsa... del marido.

Dicen si él es licencioso
y si ella tiene caprichos,
pero no pasan de dichos
que propala un envidioso.

Pequeño grano de anís
para dos que bien se avienen.

Tienen hijos, mas los tienen
educándose en París.

Allí la instrucción les dan:
ya juegan á la ruleta,
y saben ciencia completa!
cuatro pasos del can-can.

Así llenan su deseo
y su amor paterno agrandan.
¡Todos los meses les mandan
sus besos *por el correo*.

El va al casino, al teatro;
ella al Prado, á las *soirées*.
Si él derrocha como tres
ella tira como cuatro.

Con distintos intereses
marchan á los mismos fines.
Ella corre los patines
y él corre potros ingleses.

Sin un desliz ni un afán
su calma así se asegura.
¡Qué felices Juan y Pura!...
¡y qué esposos Pura y Juan!

Sin que á reñirse se atrevan
se encuentran de luz á luz,
y así la pesada cruz
como una pluma la llevan.

Del lazo matrimonial
no se hizo mejor proyecto.
¡Este es el cuadro perfecto
de la moda conyugal!

JOSÉ JACKSON VEVAN.

Epigrams

Al oír que llamaba padre
al párroco doña Pura,
preguntó su chico: madre,
¿es mi abuelo el señor cura?



Un brazo perdió en la guerra
el capitán Blas Severo,
pero su esposa se aferra
en que su Blas está entero.



Un vendedor de bencina
así el género anunciaba
«artículo indispensable
para viajar por la Mancha.»

LAUREANO R. COSCHAS.



Es amor un sustantivo
en cuya declinación
sólo hay dos casos, que son
el *genitivo* y *dativo*.



Un mancebo de botica
tiene por novio Librada,

—¡Ay, que lástima de chica
tan joven y amancebada!



A la puerta de un juzgado
encontréme á don Patricio,
le pregunté ¿qué ha pasado?
y contestó consternado:
—Pues que he perdido el juicio.



Subióse á un manzano Inés
y observó con extrañeza
que de Pascual la cabeza
casi tocaba á sus pies.
—¿Qué miras? —le preguntó.
Y él dijo con faz astuta:
—Estaba viendo la fruta
que tanto á Adán le gustó.



Marchóse á probar fortuna
á América, Nicanor,
y á su vuelta, en vez de un hijo
halló por su suerte, dos;
y alegre como unas pascuas
el infeliz exclamó:
—Es que á los buenos maridos
siempre los protege Dios.



Preguntas necias.—¿Quiere V. comer?

MISCELÁNEA

El cuaderno 2.º de EL MUNDO ALEGRE llevará originales de los Sres. Cavia, Matoses, Jackson, Extrañi y otros.

Los dibujos serán de Cilla, Tiquis y Miquis, fotograbados, como siempre, por Laporta.

Procuraremos en lo sucesivo mejorar las condiciones materiales, en vez de decaer por el afán de hacer economías.

Si el público nos honra con su cooperación, haremos muy en breve el periódico literario mejor y más barato de España.



— ¡Estos periodistas!

— Ya están armandu embrollus en el crimen de la calle de la Justa, como lo armaron en el de la de Fuencarral. En cuanto yo sea gobernador, suprimu lo-

dos los diariis sin dejar más que *La Correspondencia*, porque esa al menos sirve para dormirse y presta buenos servicios á los del orden.



A mi que no me digan, este frío tan inoportuno es cosa de los conservadores para desacreditar al Gobierno.



En un examen:

— Diga V., señor Menganez, ¿cuántos fueron los concilios de Toledo?

— Unos dicen que diez, otros que doce; pero en este punto

no están conformes los autores.

—¿Y de la conversión de Recaredo, qué sabe V.?

—Pues que tampoco en eso están conformes los autores.

—Hombre, y de la expulsión de los judíos?

—Es un asunto muy oscuro, en el cual no han podido ponerse de acuerdo los que sobre él han escrito.

—Pues señor mío en ese caso nos vamos a ver precisados á darle a V. *Suspensa*.

En eso si que están conformes todos los autores.



—Señorita, por piedad, oígame lo que le expongo.

—Adiós, este es un reclamo de los príncipes del Congo.



En otro de doctrina:

—¿Qué sabe V. del misterio de la Encarnación?

—Nada absolutamente.

—Hombre, pues si eso es una cosa que la sabè todo el mundo.

—¿Todo el mundo? Pues entonces no veo el misterio.



El barón de Botellones, que es un pedazo de atun, tiene cincuenta millones, cien líneas, y en ocasiones hasta sentido común.





En cuanto venga la Isidra
le viá dar dos gofetás
pa que me preste dos duros
y tenga más dinidaz.



Un andaluz decía á una mu-
jer muy fea:

—Oiga usté, hermana é mi
arma, ¿quié hacé er favó de
decirme su grasia?

—Me llamo Rosa.

—Conque Rosa, ¿eh? Pu en-
tonces mar tiro le den á la pri-
mavera.



Debo advertir que en las co-
lumnas de este periódico se
dará cuenta de toda obra de la
cual se nos remita un ejemplar,

ocupándonos con detenimiento
de aquellas que por su impo-
tancia lo merezcan.



¡Santo cielo, mi mujer del
brazo de su primo Justo! y me
ha visto...

Lo único que siento es la ver-
güenza que va á darle cuando
llegue á casa.



Por los dineros del mundo
no cambio yo tu hermosura,
que vales tú más pesetas
que clavos tiene una alcuza.



Un baturro en el despacho de
billetes de una estación:

—Diga V., buen amigo: ¿á qué hora sale el tren de las dos y media?

—A las dos y treinta—contestó riéndose el de la ventanilla.

—¡Otra que Dios, esta sí que es la grande, que siempre han de estar ustés cambiando las horas!



Para el culto de este santo templo.

Decía un juez á un ratero, que comparecía ante él por vigésima vez:

—Pero hombre, tú no quieres escarmentar, y te vas á perder; ¿por qué has escogido un oficio tan malo?

—Quiá, no, señor; el oficio no es malo—contestó el ratero—sino que entre ustedes y la

Guardia civil, lo han echado á perder.



«Tú, Señor, que la inocencia ves brillar desde esa altura, haz que me pague el gobierno y se pase esta apretura, mira que dejó la escuela por no tener un mal fin, mira que si me sofoco me meriendo un chiquitín; haz que se acabe el apuro, que soy solo como un hongo; que coma, aunque sea jabón de los príncipes del Congo.

Entre amigos.

—Nada, Perico, desengáñate, siempre que se reunen trece en

una mesa, ocurre alguna desgracia.

—Pues yo puedo probarle lo contrario, esto es, que algunas veces, es hasta una suerte.

—No sé cómo pueda ser eso.

—Muy sencillo, el día de mi

boda, nos reunimos trece en el banquete con que solemnizé tan fausto acontecimiento; lo notó uno de los concurrentes y empezó á hacer profecías terríficas, y ya ves tú si estaria equivocado que al año siguiente se murió mi suegra.

EN EL TREN.

Desde Sevilla á Utrera
Caminaba yo en coche de tercera
Una noche serena y apacible
En que la luna, celestial viajera,
Brillaba en el espacio indefinible.

A mí no me robaba el albedrío
Ningún cursi amorio;
Pero, lo mismo que el poeta, iba
Acompañado de una joven guapa
Que sumergida en plácida penumbra
Se me antojaba lierna sensitiva
Que entre espeso follaje se columbra.
A su lado, un anciano
Durmiendo entre los pliegues de su capa
Hacia una tristísima figura,
Un contraste profano,
Que yo advirtiera en noche más oscura.

Cuando el tren recorría
Por suerte algún recodo de la vía,
La reina, solitaria de la noche,
Entrar en el wagón se permitía
Escudriñando casi todo el coche.
A favor de la diosa placentera
Yo admiraba un espléndido derroche
De hermosura en la amable viajera,
Un talle esbelto y un gentil palmito
Que me acabaren de robar la calma,
En tanto que aquel tío de mi alma
Roncaba sin temor como un hendito.

Dos-Hermanas, parada: dos minutos
Tan sólo en el andén los empleados
Con su cara de bruto,
Y algunos viajeros embozados.
Yo me asomé, curioso al ventanillo
Y advertí con asombro
Que también se asomaba aquel diablillo
Por cima de mi hombro,
Y percibí su aliento,
Que la oreja derecha me quemaba,
En tanto que la máquina silbaba
Y emprendía su torpe movimiento.

—¡Mire V. ese campo, qué dormido!—
Dije á mi acompañante
Cogiéndole una mano por descuido,
En aquel mismo instante
La máquina ensayaba un gran silbido,

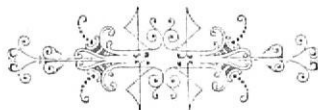
Rechinaban las ruedas con estruendo
Y el viejo acentuaba su ronquido.
Mi bella sensitiva, sonriendo
Me miró, y, señalando un punto oscuro
Perdido en la extensión del horizonte,
Me dijo:—En aquel monte
Pasé yo cuatro meses no cabales
Para salir, por cierto, de un apuro.
¡Los hombres!—prosiguió— ¡Los desleales!

Admirando su cándida franqueza,
—¿Me amas? le dije; y ella, ruborosa,
Me contempló con singular lijeza.
Ante aquella mirada poderosa
Sentí bambolearse mi cabeza.
¿Me amas? volví á decir quedo, muy quedo.
Como pía en la noche solitaria
El pajarillo cuando tiene miedo.
Y ella que oyó mi férvida plegaria,
Bajó hacia mí sus celestiales ojos...
¡Ah! Si, caí de hinojos
A sus pies en el fondo del wagón
Y eso que me ensuciaba el pantalón.

Y después nos trabamos
En diálogo breve, dulce, tierno.
Y los dos deseamos
Que el sueño del vejete fuera eterno.
Yo sentía el mareo
De aquellos grandes ojos tentadores
Unido al congojoso traqueteo

Del monstruo, derritiéndose en clamores.
El tren, como una fiera fatigada
Llegaba ya al final de su jornada
Modulando un quejido triste, amargo,
Cuando puso remate á mi aventura
Un hostezo sonoro, seco, largo...
Mas su sueño fué tal que ni de encargo.

MANUEL MERA.



Correspondencia particular.

Aún no nos habíamos dado á luz, como dicen algunos, y ya nos habían disparado unas *poesías* firmadas por un señor D. P. P., á quien contestamos:

Sr. D. P. P. Madrid.—Se conoce que es V. un guasón de primera fuerza; sin embargo, para no disgustarle, voy á publicar un trozo de sus poesías.

CHISTE.

Juan que no se llama Juan,
sino que se llama Andrés,
no se llama Nicolás,
sino que se llama Andrés.

Ahora, si hay quien le haya visto la punta, que alce el dedo.

Sr. D. R. M. Madrid.—Escribe usted en prosa que ni Cervantes. Pero... ¡ay! hijo de mi alma!., deje usted quietas á las Musas.



EL MUNDO ALEGRE

se publicará quincenalmente formando un cuaderno de 32 páginas en un todo igual al presente.

Llevará artículos y poesías de nuestros principales literatos y retratos, y caricaturas de los mejores dibujantes.

UN NÚMERO SUELTO

10 CÉNTIMOS.

Por suscripción: UN SEMESTRE, Una peseta.

A los corresponsales se les remitirá la liquidación á fin de cada mes, y dejará de serlo el que no haya satisfecho el importe de su cuenta antes del día 10 del mes siguiente.

ADMINISTRACIÓN

ECHEGARAY, 7, PRINCIPAL. DCHA.

KIOSKO DE LA UNIVERSIDAD,

Plaza de Santo Domingo.

Horas de despacho: en el primer punto de 10 á 4; en el segundo, todo el día y hasta las doce de la noche.

